(5)

SAYNETE,

INTITULADO

EL AMIGO

DE TODOS,

REPRESENTADO EN LOS TEATROS DE ESTA CORTE,

PARA ONCE PERSONAS.

CON LICENCIA

EN MADRID AÑO DE 1791.

Se hallará en la Librería de Quiroga, calle de la Concepcion Gerónima, unto á Barrio-Nuevo.

SAYNETE.

EL AMIGO DE TODOS.

PERSONAS:

Doña Pepa.
Doña Clara.
Don Lucas.
Un Page.
Don Zacarias.
Don Anacleto.
Doña Rosa.
Una Criada.
Don Diego.
Don Juan.
Don Santiago.
Acompañamiento.

Salon: salen baylando y cantando criados y criadas, y detras Doña Pepa, Doña Clara, y Doña Rosita.

Coro.

,,Todo sea placeres,
,,todo alegría sea,
,,por los presentes gustos,
,,y por los que se esperan.
,,Y sea bien venido
,,de casa nuestro dueño,
,,pues que viene tan rico y tan contento.

Pepa. Callad con dos mil demonios,
porque si agarro uno de estos
taburetes, he de hacer
saltar á todos los sesos.
Clar. Amiga, sosiégate
por amor de Dios. ¡Qué genio
tienes, muger! Pues si hoy
que has heredado á tu suegro
mas de veinte mil ducados,
que sabes que llega bueno
tu marido, que no ignoras
que pretenden ser tus yernos
tantas personas iguales
en caudal y nacimiento,
estás de tan mal humor,
¿qué dexas para si el Cielo
te llenase de trabajos?
Pep. ¿Qué mayor que el que yo tengo
con mi marido?
Clar. Pues todos
en Madrid dicen que es bueno.

Pep. El que lo digais vosotras
es lo que extraño, sabiendo
que no me ha sido posible
los diez y ocho años y medio
que habrá que estamos casados
hacerle rabiar ni un credo.

Clar. Como él fuera mi marido,
yo te aseguro por cierto,
que hubiera rabiado los
diez y ocho por lo ménos.

Pep. Mal le conocen ustedes:
digan éstas si yo miento:
todo le sienta igualmente,
lo peor es estupendo
en su boca; siempre busca,
para hallar virtud, rodeos
á los vicios; no ha encontrado
en los hombres un defecto
hasta ahora, y en su vida
ha tenido un sentimiento.

Criad. Y esto que mi ama le aprieta
á toda ley los tormentos,
le contradice, y le pica;
mas por mas pruebas que ha hecho,
la misma mella le hacen
que las berzas á los perros.

Clar. Eso ya es simpleza.

Criad. No es
sino un carácter opuesto
á todos los demas hombres,
tanto ::: - mas vaya un exemplo
que lo confirme. Mi ama
quiso probarle con zelos
unos dias; ya salia,
ya entraba, ya iba á paseo
con un mozo de chupete,
siempre que pudiese verlo
mi amo; ya la familia
le echaba una pulla al vuelo;
y ya finalmente yo
llegué á meterle los dedos
á ver lo que vomitaba:
ponderéle que en el Pueblo
mormuraban su paciencia,
le dibujé el mas tremendo
escándalo :: -

Clar. ¿Y qué te dixo?

Criad. Me dixo con gran sosiego:
no extraño que mi muger
no ande bien, porque lo mesmo
le sucede á mi relox,
que anda mal en todos tiempos.

Clar. No fué mala la salida.

Pep. ¡Y habrá paciencia para esto!
Mejor quisiera un marido
que me moliera los huesos
á palos, que uno tan soso:
yo quando regaño ó miento,
gusto de que me repliquen.

Criad. De veras que compadezco
á mi ama: ¡habrá paciencia
para tolerarlo, viendo
por ahí á tantas mugeres
que no llegan con cien dedos
á su merced, cada instante
gozar de este pasatiempo
en su casa!

Pep. Solo tú
me sirves de algun consuelo,
que me replicas á todo,
y sostienes con empeño
una riña, hasta tirarnos
labor, silla y candelero.

Criad. ¡Jesus! por darla yo gusto
á usted no hago nada en eso.

Ros. Calla, aduladora.

Criad. ¿Y quién
sacará mayor provecho
de mi adulacion?

Ros. ¿Le diste

aquel recado á Don Diego?
Criad. Ya está de todo instruido.
Ros. ¿No sabes quánto la temo
á mi madre?
Criad. No hay de qué,
estando yo de por medio.
Pep. ¿Qué conversacion es esa?
Criad. Está la pobre temiendo
que no la toque un marido
como mi amo.
Pep. Yo la ofrezco
que no, que he de exâminarlos
ántes muy bien, y en teniendo
la menor tacha, á espigar.
Criad. Hallar hombres sin defecto
empresa es ardua.
Pep. Mas arduo
es hallar en estos tiempos
una doncella bonita,
noble y con mucho dinero.
Clar. Lo bien criada lo callas,
porque ya lo suponemos.

Sale el Page.

Pag. Señora, albricias.
Pep. ¿De qué?
Pag. De que han enterrado al viejo,
de que mi amo llegó ya,
y de que mas de quinientos,
novios de Madrid ayer
al Lugar en posta fuéron
á pedir la Señorita.
Pep. ¿Y la ofreció el majadero
sin consentimiento mio?
Pag. Sí señora, á todos ellos.
Pep. ¿A todos?
Pag. Con condicion
de presentarse primero
á usted para que eligiese
el de mas merecimiento.
Pep. Eso vaya.
Pag. Pues ya llega.
Criad. Muchachos, siga el contento.

Sale Don Lucas de luto rigoroso.

Luc. ¿Qué hay, muchachas? hija mia,
dame un abrazo.
Pep. No quiero.
Luc. Haces bien, porque de luto
los hombres estan muy feos.
Pep. Y todos, y esa es la causa
por qué yo no me le he puesto,
ni he querido que la chica
se le ponga por su abuelo
tampoco.
Luc. Y has hecho bien;
pues si dias mas ó ménos
se ha de casar, ¿para qué
la hemos de vestir de negro?
Clar. Sea usted muy bien venido,
Señor Don Lucas.
Luc. Celebro
ver á ustedes tan robustas.
Pep. ¿No sabes lo que hay de nuevo?
que el bribon de el comprador
se fué con veinte cubiertos
de plata y una salvilla.
Luc. ¿Y ántes de irse, no le diéron
la racion del mes pasado,
y los dias que cayéron
de éste?
Pep. Yo se lo diera
con un rejon.
Luc. Pues lo siento:
que le busquen, y le paguen.
Pep. Para ahorcarle.
Luc. Cepos quedos,
Muger, que ninguno está

libre de un mal pensamiento.
Ros. Padrecito, permitidme
que os dé en la manita un beso.
Luc. Toma, paloma.
Pep. Y paloma,
que sale á hablar con los cuervos
por la noche á la ventana,
mira tú qué atrevimiento.
Ros. Señora :: -
Pep. A ver si le pico.
Luc. ¿Quién tiene la culpa de esto?
si tú dexaras entrar
por la puerta á los sugetos
de que gusta, no tendria
que andar con esos misterios,
ni se expondria á que alguna
vez le haga mal el sereno.
Clar. ¡Vamos que panarra igual
no le he visto!
Ros. ¿Qué será esto?
¿sí lo sabrá?
Criad. Lo adivina:
mas la fiesta será luego
quando marido y muger
se claven en el anzuelo.
Ros. Por mi madre me alegrara.
Criad. Y por pillar á Don Diego.
Ros. Eso se supone.
Pep. ¡Ah!
miran que se nos han puesto
debaxo del dormitorio
dos herradores.
Luc. ¿De aquellos
que saben con los martillos
hacer mil repiqueteos?
Pep. Sí.
Luc. Pues es una gran cosa:
verás como en todos tiempos
madrugan mas los criados.
Pep. Bien puedes mandarlos luego
mudar.
Luc. ¿Mudar? ¿Y por qué?
¿pues no son hermanos nuestros
como todos? ¿Se han de ir
á vivir á los desiertos?
Criad. Señor: ¿mire usted qué chinche
que le va por el pescuezo?
Luc. Déxala entrar: la segunda,
dar de comer al hambriento.
Pep. ¿Y tú eres hombre?
Luc. No hay duda.
¿Quién ha de dexar de creerlo?
Pero mira que detras
de mí los novios viniéron
á ganarse la palmeta
unos á otros.
Pep. En esto
hay mucho que hablar.
Criad. Señora,
es necesario irlos viendo
uno á uno.
Pep. En eso estoy:
queridas, tomad asiento,
y dí que vayan entrando
por su órden. *Vase el Page.*
Clar. Ya tenemos diversion.
Criad. Y bien extraña.
Ros. ¿Y quándo vendrá Don Diego?
Criad. Quando yo le he prevenido,
ni el último ni el primero.

Sale el Page.

Pag. ¡Jesus y qué bizarría!
Pep. ¿La de quién?
Pag. Del Caballero
que entra: que por el trabajo
de haberle la puerta abierto
me ha dado un doblon de á ocho,
y esta bolsa con cien pesos
para dar de refrescar

des-

despues á mis compañeros.
Criad. ¿Quién es ese mentecato?
Pag. Este que llega. *Vase.*
Criad. Verémos.

Sale Don Juan bien vestido.

Juan. Madama, os beso los pies
y permitidme, que habiendo
sabido que os ha robado
un criado, de pretexto
sirva la noticia para
dedicar á los pies vuestros
una pequeña bajilla
de veinte ó treinta mil pesos.
Luc. Permitidme que me aturda
con tal regalo.
Juan. Tratemos
de otra cosa: si soy digno
de que me elijais por yerno,
será mi mayor ventura.
Luc. Mirad, que aunque el dote es bueno,
quizá es ménos que pensais.
Juan. En eso no reparemos,
que yo amo á esta Señorita
por sí, no por su dinero.
Luc. ¡Muger, muger, qué fortuna!
¡qué generoso y que atento!
Pep. Sí: pero ántes es preciso
que su modo exâminemos.
Juan. De doscientos mil ducados
á la hora de esta soy dueño.
Luc. ¡Bravo, muger!
Pep. Calla tonto;
sin embargo yo prefiero
á las opulencias las
calidades del sugeto.
Juan. No hay en Madrid quien ignore
lo ilustre de mis abuelos,
nadie hace mejor figura
en Teatros, en Paseos,
en Cafes, y en Tertulias;
tomo cada dia nuevos
criados, y no les pido
razon de nada que entrego:
á quien me pide prestado
se lo doy, no se lo presto;
y en alabándome alguna
cosa de aquellas que llevo,
la alargo.
Criad. ¡Jesus, qué linda
sortija llevais al dedo!
Juan. Tomadla muy en buen hora:
Señorita, lo que siento
es que vale poco mas
de cien doblones.
Pep. ¡Qué exceso
éste, muchacha!
Criad. Haber
alabado yo primero
una alhaja destinada
para qualquier lisonjero.
Juan. Eso es una friolera:
desde que mi padre ha muerto
he repartido en regalos
mas de quarenta mil pesos.
Pep. ¿Y quánto ha que murió?
Juan. Un año.
Luc. No ví carácter mas bello
de hombre: dadme dos mil
abrazos, Príncipe excelso,
sino por naturaleza,
por el mérito y el genio.
Pep. Poquito á poco, marido,
que hay en el mundo sugetos,
que á fuerza de hacer dichosos,
se hacen desgraciados ellos,
y de desgraciados suelen
pasar en breve á perversos.
Clar. De los pródigos es éste

el

el retrato verdadero.
Luc. Nada le puede faltar
á quien tanto bien ha hecho.
Pep. Dí tambien que no hay ingratos.
Luc. Sí que lo digo, y lo pruebo:
porque eso que ustedes llaman
ingratitud, es defecto
de memoria.
Pep. Está muy bien;
pero yo, amigo, no quiero
ver opulenta á mi hija
por un año, y pereciendo
toda su vida.
Juan Madama,
vos teneis mucho talento,
y pensais bien; buenas tardes,
perdonad mi atrevimiento. *Vase.*
Pep. ¿Parece que lo has sentido?
Luc. Yo, hija mia, no por cierto:
otro vendrá; y si no viene,
mas breve despacharémos.

Sale el Page.

Pag. La necesidad en visita.
Pep. ¿Quién?
Pag. Ahí va ese Caballero.

Sale Zacarías de militar lánguido.

Zac. Buenas tardes.
Pep. Igualmente
las tengais.
Luc. Tomad asiento.
Zac. Señor, baxo la palabra
que me disteis ayer, vengo.
Luc. ¿Qué palabra?
Zac. La de darme
vuestra hija en casamiento.
Luc. Yo la dí, *sub conditione,*
que mi muger venga en ello.
Zac. A eso he venido yo.
Pep. ¿Qué hombre sois?
Zac. Uno de aquellos
pocos que saben vivir;
mi renta son quatrocientos
ducados solos al año;
y con mi maña y mi genio
he sabido en veinte años
juntar hasta setecientos.
Pep. ¿Pues qué habeis comido?
Zac. Sopas
en verano y en invierno.
Clar. ¿Y qué vestido gastais?
Zacar. Señora, el que traigo puesto,
que es de invierno y de verano.
Pep. ¿Y si la niña os entrego,
que tren echaréis?
Zac. Ninguno.
Ros. ¿Y qué trages, qué festejos
me daréis?
Zac. Los trages son
muy costosos y superfluos,
y es dar á los Mercaderes
y á los Sastres el provecho,
que yo me puedo tener
solamente con no hacerlos:
las fiestas por las mañanas
será contar el dinero
á solas; se pasarán
las tardes contando cuentos,
y por la noche á dormir;
con eso nos ahorrarémos
la cena y la luz.
Luc. Muger,
no he visto hombre mas discreto:
éste nos conviene.
Pep. ¿Ya
barajaste el argumento?
Luc. No, que aunque esta economía
ala-

alabo, yo no repruebo
la bizarría del otro:
y amiga, es mucho consuelo
saber, que aunque nuestra hija
viva con hambre y en cueros,
tendrán que heredar mañana
sus hijos y nuestros nietos.

Criad. Buen consuelo es.

Zac. Y por fin:
¿dónde hay gusto tan completo
como ver andar á todos
de afan y miserias llenos
por ganar quatro doblones,
y tener yo mi talego
hasta el gollete?

Luc. Sin duda:
y para el caso lo mesmo
es tener yo muchas cosas,
que imaginar que las tengo.

Pep. Pues yo no quiero que coma
y vista de pensamiento
mi hija; estais despachado.

Zacar. Por eso no reñirémos:
á la paz de Dios. *Vase.*

Luc. Muger,
dos partidos estupendos
has despreciado.

Pep. Tú calla,
y déxanos.

Sale Don Santiago de militar payo.

Sant. Acá me entró,
que llueve: ¿no es aquí donde
viven unos Caballeros
que tienen una muchacha
que casar?

Pag. La entrada cierto
que es de toda confianza.

Sant. Tengan ustedes muy buenos
dias: ¿saben ya quién soy?

Pep. No, Señor.

Sant. ¿No? pues diréla:
yo soy Santiago Beltran,
hijo de Santiago el viejo
Beltran, y de Catalina
Beltran de la Coca, nieto
de otro Santiago Beltran,
hidalgo de cien Pozuelos,
y todos por línea recta
Alcaldes y Molineros:
me han dicho que vuestra hija
es vana y tonta, pero
como es rica, no reparo
en nada, y por ella vengo.

Criad. No he visto oracion mas linda,
ni estilo mas halagüeño.

Sant. Ni tampoco he visto yo
criada de mas despejo,
ni de tanta desvergüenza,
que se atreva á hablar primero
y delante de sus amos.

Pep. Calla, niña: yo os concedo,
que pienso casar mi hija,
mas la eleccion de su dueño
me será un poco dificil.

Sant. Por entretener el tiempo
de ser abuela, que todas
lo temeis mas que el Infierno.

Pep. ¡Qué necedad!

Sant. Siempre tuve
la falta de ser sincero.

Pep. ¿Qué te parece, marido?

Luc. Que es el carácter mas bello
del mundo decir á todos
faz á faz sus sentimientos
con franqueza, la ficcion
es de ánimos plebeyos,
la verdad de pechos nobles.

Pep. Pero es un atrevimiento

venir, en vez de adularme,
aquí á perderme el respeto.
Sant. ¿Qué gustais de aduladores?
pues no lo soy.
Luc. Yo lo apruebo;
que el adular es baxeza
y es interés: yo os acepto
por mi amigo.
Sant. Vos lo sois.
de todos: con que así creo
que en serlo mio, tendré
muy poco que agradeceros.
Luc. Tambien dice bien.
Sant. Hacedme
la merced de ser mi suegro.
Pep. ¿Os ha dicho mi marido,
que sin mi consentimiento
nada se hace en esta casa?
Sant. No Señora.
Pep. Pues sabedlo.
Sant. Pues digo que su merced
es un grande majadero
en dexarse gobernar
por vos.
Pep. ¿Qué dices á esto?
Luc. Que tiene mucha razon.
Ros. ¡Y que usted esté sufriendo
á este hombre, madre mia!
Sant. ¿Es ésta la novia?
Criad. Cierto.
Sant. Quédense ustedes con Dios.
Todos ¿Que os espanta?
Sant. Aquel aspecto
derribador de conciencias,
aquellos ojos tan serios,
y aquel talle tan alegre,
aquella torre de pelo,
y aquel de pies á cabeza,
yo no sé, que yo no entiendo,
no está ella criada para
hidalga de cien Pozuelos:
Quédense ustedes con Dios
por muchos años, y buenos. *Vase.*
Clar. ¡Qué hombre tan politicon!
Luc. Pues no hemos de topar yerno
tan de bien y de verdad.
Pep. Para tí todos son buenos.

Sale Don Anacleto de pelucon muy despacio y dice entrando.

Anacl. ¡Que no se me aparten de
la puerta los Silleteros!
Pag. Veamos estotro.
Clar. Parece
bien juicioso por lo ménos.
Anacl. ¿Usted me conoce?
Pep. No.
Anacl. Pues yo soy Don Anacleto.
Pep. ¿Y que buscais?
Anacl. Yo he sabido
que estando con el deseo
de casar á vuestra hija,
lo retardan los defectos
de todos los pretendientes;
y esto es lo que yo no temo,
porque ni soy mal criado,
ni pródigo, ni avariento:
no he quitado á nadie nada,
no he quebrado en el comercio,
no fuí Soldado cobarde,
ni con nadie sigo pleytos,
ni he jugado, ni he perdido,
y al fin, ni compro, ni vendo,
porque yo no soy Marques,
Oficial, ni Consejero,
Plumista, ni Comerciante,
Letrado, ni Palaciego.
Pep. ¿Pues qué venis á ser?
Anacl. Nada:

gas-

gasto todo lo que tengo,
sin que sobre, ni que falte:
los cuidados los desprecio:
me visten y me desnudan,
y me acuestan quando quiero:
me traen, me llevan, me escriben,
leen por mí: yo no tengo
que hacer jamas, sino tres
cosas: bebo, como y duermo.

Criad. Si este hombre se casa, juzgo
que no es capaz por sí mesmo
de ser padre de sus hijos.

Anacl. Yo solo en casarme pienso
para tener compañía
con quien divertir el tiempo.

Pep. ¿Y no teneis algun cargo?

Anacl. No soy amigo de empleos,
porque todos son cuidados.

Luc. Vos, amigo, sois discreto,
porque no hay felicidad
como la paz y el sosiego.

Pep. ¿Y un ocioso de qué sirve
en el mundo? ¿Habrá defecto
mayor, vicio mas infame,
que la pereza? No quiero
daros á mi hija.

Criad. Yo soy,
Señora, con vos de acuerdo,
porque los maridos deben
trabajar; aborrecemos
la pereza mi ama y yo.

Luc. En la pereza hay su cierto
mérito y su perfeccion.

Pag. Créame usted, Caballero,
y váyase á descansar,
que siempre los casamientos
suelen dar algo que hacer.

Anacl. Decis bien. ¿Mis silleteros
dónde estan?

Pag. En la antesala.

Anacl. Yo iré, que de tiempo en tiempo
un poquito de exercicio
para la salud es bueno. *Vase.*

Luc. En despreciar á este hombre
no sabes lo que te has hecho.

Clar. ¿Y qué he despreciado? nada.

Pep. Entre el que sigue; y no quiero
escuchar á otro ninguno.

Criad. Digo: ya pareció aquello. *ap.*

Ros. ¿Si sabrá hacer el papel? *ap.*

Criad. Entre bobos anda el juego. *ap.*

Sale Don Diego de Petimetre.

Dieg. Madama, vuestra opinion,
la de vuestra hija, y vuestros
méritos tan decantados,
en las bocas de este Pueblo,
me traen á solicitar
el honor, aun mas de veros,
que de ser el elegido,
y solo este pensamiento
me ha retardado la idea
de retirarme á un desierto;
pues aunque soy noble y rico,
tengo tal odio, tal tedio
por sus vicios á los hombres,
que jamas quisiera verlos
delante de mí; parece
que llegó al último extremo
la naturaleza humana
de corrupcion.

Luc. Es incierto,
y eso es pensar mal.

Dieg. No solo á los hombres aborrezco,
sino á quantos contradicen
esta opinion que yo llevo,
y andan buscando disculpas
frívolas á sus excesos.

Se-

Criad. Señora, éste nos conviene,
que tiene ideas y genio
para hacer rabiar á mi amo.
Luc. Pues yo al contrario defiendo,
que es necedad el hacerse
contrario á todos, pudiendo
ser amigo de los mas.
Dieg. ¿Pues acaso en estos tiempos
hay amigos? la amistad
es voz que se lleva el viento:
todos se aborrecen, todos
se envidian mas que los perros.
Luc. Callad, y marchad de aquí;
que quien tiene pensamientos
tan crueles, es indigno
de ser mi amigo y mi yerno.
Dieg. Basta que sea cosa vuestra,
para que yo : : : -
Pep. Deteneos,
que si por hijo mi esposo
os despreció, yo os acepto:
vos buscabais un buen hombre,
y una muger sin defectos,
y solo hallais la mitad
en mí; pero con el tiempo,
combatiéndole los dos,
á nuestras mañas le harémos:
dadla la mano.
Dieg. Señora,
son tan unos nuestros genios,
que no sé contradeciros.
Ros. Y es tanto lo que yo quiero
á mi madre de mi alma,
que con amor os la entrego,
solo por obedecerla.
Luc. ¿Se concluyó el casamiento?
Pep. Sí, sí: ya puedes rabiar;
y á tu pesar se la entrego.
Luc. No lo creas, que ninguno *alegre.*
de todos quantos viniéron,
me pareció mejor que éste,
sino que busqué este medio
de oponerme á tu dictámen
para salir del empeño
que tenias de elegir
contra mi gusto á tu yerno.
Pep. ¿Qué dices?
Criad. Tambien mi ama
se burla, pues fué pretexto
su oposicion á los hombres
para clavarla el anzuelo.
Pep. ¿Y quién lo dispuso?
Criad. Yo:
luego despues reñirémos,
que ahora es fuerza divertirnos,
pues hay boda.
Rosit. Con efecto,
dice bien; y así es forzoso
divertirse.
Luc. Soy contento:
y porque dé fin la idea:
Todos. Perdon tengan nuestros yerros.

FIN.

En la dicha Libreria de Quiroga, calle de la Concepcion Gerónima, se hallará asimismo un gran surtido de Comedias antiguas, Tragedias y Comedias nuevas, Autos, Saynetes, Entremeses y Tonadillas.